BOLETÍN DEL CENTRO DE ESTUDIOS TURIASONENSES

Nueva época. Número 2.

Junio de 2006

PRESENTACIÓN

Desde que hace 6 meses saliera a la calle el primer boletín del Centro de Estudios Turiasonenses, esta institución ha presentado sus proyectos de actividades. Entre ellas hay que destacar un proyecto para el estudio arqueológico del Castillo de Los Fayos, el estudio fotográfico de la Iglesia del Hogar Doz en Tarazona, la colaboración en las jornadas «El retorno de Sefarad» y la preparación de la publicación de un libro sobre fotografías antiguas de Tarazona. Por otro lado, continúan las actividades ordinarias en el área de botánica, en el Museo y se mantiene abierta la biblioteca.

Pero sin duda el evento que más eco ha tenido en los medios de comunicación ha sido la dimisión de Javier Bona como presidente del Centro de Estudios. Javier Bona ha sido miembro de esta institución desde hace más de 25 años y durante todo este período ha marcado toda una época en el desarrollo cultural de Tarazona y de La Comarca, que algún día le tendrá que ser reconocido públicamente en merecido homenaje.

Su fuerte personalidad y el carácter arrollador de sus ideas han tutelado el devenir del Centro de Estudios a lo largo de este período. Se le ha acusado de personalismo y de marcar políticamente al Centro de Estudios, pero no cabe duda de que el balance de los méritos supera con creces a las sombras que algunos se empeñan en resaltar. La figura de Javier Bona ha estado presente en todos estos logros, a veces liderándolos, otras veces apoyando, como uno más, la iniciativa de otras compañeros. En éste período, el Centro de Estudios se

ha consolidado como la entidad cultural más importante de La Comarca y una de las de mayor prestigio en Aragón. Pero lo más importante es que se ha creado un grupo de personas entusiastas, la mayor parte de las cuales acudimos por primera vez a este centro de estudios como estudiantes, que hoy en día nadie duda en calificar como los mejores especialistas en el conocimiento y estudio de Tarazona y La Comarca, abarcando áreas como la arqueología y la historia antigua, la historia medieval y moderna, el arte y el patrimonio, la fotografía antigua, el mundo de Sefarad, etc. Trabajando todos de manera voluntaria y sin remuneración alguna; sin afiliación política ni servilismos.

Hasta ahora el Centro de Estudios ha sacado a la calle 50 publicaciones; se han organizado varios congresos internacionales que han traído a Tarazona a los mejores especialistas del mundo; se han organizado infinidad de exposiciones, de las que destacan las dos exposiciones permanentes de arqueología de 1989 y 2000, con vocación de constituirse en el germen del anhelado Museo Comarcal; se han llevado a cabo innumerables acciones para rescatar o preservar el patrimonio histórico-artístico, desde las obras del actual colegio Joaquín Costa en 1980, hasta los últimos descubrimientos de La Avenida de La Paz, junto al parque de la estación. En la mayor parte de los casos ha sido necesario enfrentarse con las instituciones y las empresas privadas para evitar el expolio y destrucción de nuestro patrimonio histórico y artístico; las páginas de los periódicos han reflejado en repetidas ocasiones los clamores de estos combates, tal y como ocurrió con la famosa cabeza de Augusto, el Torreón del Rey o los restos aparecidos en el Polígono Industrial de Tarazona, por citar sólo algunos casos.

A partir de ahora se abre una nueva etapa en la que El Centro de Estudios tendrá que replantearse sus objetivos para adecuarlos a las necesidades del momento actual y tendrá que perfilar nuevas estrategias de futuro dentro del nuevo marco que se ha abierto.

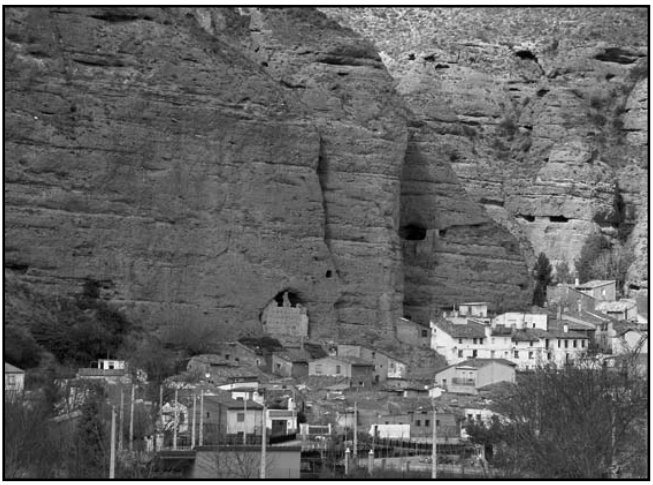
JOSÉ ÁNGEL GARCÍA SERRANO

Entrevistamos a Antonio Julián Pérez Pérez, responsable del área de Arqueología del Centro de Estudios Turiasonenses.

Por José Ángel García Serrano

PREGUNTA. El castillo de los Fayos es uno de los enclaves arqueológicos que tiene más posibilidades. Desde hace algún tiempo el Centro de Estudios está trabajando en la elaboración de un proyecto para recuperar esta zona ¿Qué pasos son necesarios para poder poner en marcha este proyecto?

RESPUESTA. El Centro de Estudios Turiasonenses, conjuntamente con el Ayuntamiento de Los Fayos, intenta promover la elaboración de un anteproyecto que sirva de base para la búsqueda de la oportuna financiación. Las fases serían en primer lugar la protección legal para evitar posibles destrucciones o expolios. A continuación habría que delimitar las zonas de interés que formarían parte el yacimiento, mediante prospecciones y catas. El siguiente paso sería la señalización de las zonas protegidas. Por último habría que restaurar las estructuras existentes, acondicionar de los accesos a la zona para hacerla visitable y crear un Centro de Interpretación. Este proyecto entra dentro de la línea de trabajo del Centro de Estudios Turiasonenses,



intentando potenciar los recursos arqueológicos en nuestra comarca, con el fin de generar en los municipios cercanos a estos yacimientos recursos de Turismo Cultural.

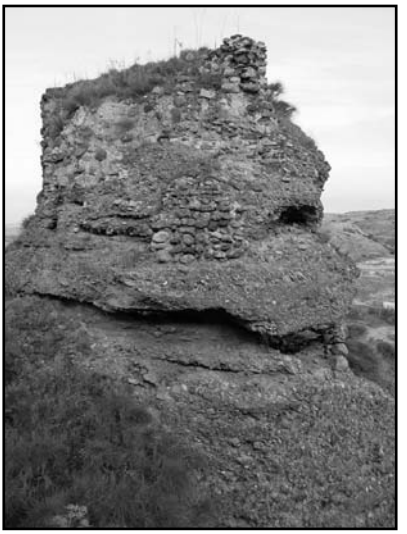
PREGUNTA. El Castillo de Los Fayos es uno de los más singulares de Aragón. ¿Cuáles son los principales atractivos de este enclave?

RESPUESTA. Los Fayos, gracias a su privilegiada situación estratégica en la confluencia de los ríos Val y Queiles, vías naturales de acceso a la Meseta, concentra un rico patrimonio que comprende desde un poblado prehistórico situado en la zona alta de las peñas, hasta un recinto fortificado medieval, que es impresionante a los ojos del visitante.

PREGUNTA. ¿Cuáles son los elementos más destacables de este conjunto?

RESPUESTA. El castillo está esculpido en la roca, aprovechando las cavidades naturales para construir zonas habitables, incluyendo

un aljibe. Desde la cueva mayor se eleva un pasillo que enlaza con la parte alta de la roca, en la cual actualmente se ubica una torre de sección cuadrada. Para proteger el acceso a la fortaleza se construyo un doble foso de unos 15 metros en total. Esta obra inmensa tallada en la roca, da una muestra de la importancia de esta fortaleza en los siglos XII y XIII, como primera línea de frente en los conflictos con castellanos y navarros. El recinto se completa con varios fosos que delimitan los accesos a la zona, destaca sobre todo el gran foso, al noroeste, excavado en el conglomerado, de 4 metros de profundidad, 12 metros de ancho y 30 metros de largo, aislando la zona de acceso a través de la ladera. Al pie de este foso se levantan los cimientos de un torreón circular de mampostería. Partiendo de éste en el lado oeste parte otro foso más estrecho de 3 de ancho, 2 de profundo y más de 70 metros de longitud.



PREGUNTA. ¿Y qué hay de la huella de los eremitas?

RESPUESTA. El elemento más visible es la Ermita de San benito, en cuyo entorno, según la tradición, se ubicaría un monasterio que habría podido quedar sepultado por un desprendimiento de la roca. También podrían tener un origen eremítico gran cantidad de oquedades y cuevas a lo largo de las vegas del Queiles y el Val, cuya documentación y estudio han venido realizando miembros del área de espeleología del Centro Excursionista Moncayo.

PREGUNTA. Para terminar, ¿cuáles son las principales dificultades que quedan todavía por superar?

RESPUESTA. Conseguir que este anteproyecto siga adelante arrastrando a todas las instituciones y agentes de la comarca para hacerles ver su rentabilidad, permitiendo que municipios como Los Fayos, muy perjudicado por las obras del Pantano del Val, se convierta en un foco de Turismo Cultural, que junto a su gran valor paisajístico y natural convertiría a Los Fayos en un referente a nivel Comarcal.

PRESENTACIÓN DEL LIBRO *FRANCISCO METELÍN Y EL RETABLO MAYOR DE GRISEL*, publicado por el Ayuntamiento de Grisel y el Centro de Estudios Turiasonenses

Jesús Criado Mainar

Durante el tercer cuarto del siglo XVI las artes plásticas de Tarazona vivieron un momento de esplendor que coincidió con el trabajo en la ciudad de dos artistas de gran talento, Pietro Morone (doc. 1542-1576, +1577) y Alonso González (doc. 1546-1564, +1564). Algunas de sus creaciones constituyen un verdadero punto de inflexión en el contexto del arte aragonés y aún hispano del Quinientos. Bastará con recordar la serie de retratos ideales de los prelados de la sede que Morone hizo hacia 1556 en el Salón de Obispos de la Zuda, dentro del programa de transformación del edificio emprendido por el obispo Juan González de Munébrega (1546-1567), o la decoración de la capilla mayor de la catedral materializada por González en 1562-1564.

La designación de Pedro Cerbuna como obispo de Tarazona (1585-1597) marcó el inicio de una nueva etapa en el panorama artístico. El prelado, celoso cumplidor de los preceptos de la Contrarreforma, promovió la mejora de la dotación litúrgica de las parroquias de la diócesis, orde-

nando la renovación o confección de numerosos retablos mayores, tal y como descubren los mandatos de visita anotados en los distintos *Quinque libri*. De este modo, don Pedro imprimió un nuevo impulso a los talleres locales especializados en la confección de retablos que, pese a todo, no recuperaron el alto nivel de la etapa precedente, sobresaliendo la ejecución de trabajos de pincel frente a los de imaginería. Su sucesor al frente de la sede, el jerónimo fray Diego de Yepes (1599-1613), apostó en todo momento por una línea similar.

La pintura turiasonense del periodo comprendido entre los años finales del siglo XVI y las dos primeras décadas del XVII, realizada al amparo de esta nueva coyuntura favorable, se caracteriza por una amplia variedad de propuestas que en el estado actual de nuestros conocimientos no es fácil sistematizar. Son muchos los problemas pendientes, empezando por la definición biográfica y la caracterización artística de los principales maestros radicados en la ciudad, tales como Juan de Varáiz (doc. 1565-1612, +1619), Agustín Leonardo (doc. 1588-1617, +1617) o Francisco Metelín (act. 1573-1614, +1614), sin olvidar a Gil Jiménez Maza que comenzaba por entonces su carrera.

En este contexto, esta publicación sobre los trabajos que Francisco Metelín efectuó en la comarca en los años finales del siglo XVI pretende contribuir a los necesarios estudios sobre la pintura de la fase final del Renacimiento. Su obra de mayor interés, el retablo titular de la parroquia de la Asunción de Grisel (ha. 1591-1593), es una pieza angular que ilustra a la perfección una de las corrientes plásticas

mejor conocidas: la que entronca con el arte de los pintores flamencos Rolan Moys y Paulo Scheppers, llegados a Aragón en torno a 1559 como artistas de cámara de D. Martín de Gurrea, duque de Villahermosa, y de los que Metelín fue siempre un fiel continuador. La pintura de estos maestros nórdicos, que al menos en el caso de Scheppers completaron su formación en Italia, combina un lenguaje inspirado todavía en el Alto Renacimiento con elementos novedosos que denotan el conocimiento de diferentes creaciones venecianas, romanas y napolitanas de los años centrales de la centuria, unidos a una ejecución preciosista característica de la escuela flamenca y con un sentido del decoro en sintonía con los postulados de la Contrarreforma. Como se considera de forma pormenorizada en el capítulo dedicado a su biografía personal y profesional, Metelín fue

discípulo y colaborador de Moys entre 1580 y 1583, quizás incluso durante algún tiempo más, antes de radicarse y abrir en 1588 su propio obrador en Tarazona.

En sus primeros años de estancia a orillas del Queiles ejecutó los tres trabajos que se analizan en el libro: el retablo de la cofradía de Nuestra Señora del Rosario (1588-1590) de Vera de Moncayo, su único compromiso documentado que hemos logrado identificar y, por tanto, punto de partida para la elaboración de su catálogo, y los retablos titulares de las parroquias de la Asunción de la Virgen de Grisel (ha. 1591-1593) y la Anunciación de Tórtoles (ha. 1591-1594). En cambio, no se repasa la destacada y muy lucrativa actividad que el artífice ejerció como policromador de retablos escultóricos, algunos tan importantes como el retablo mayor de la Asunción de Ólvega.

También se estudian varias pinturas sobre lienzo de finales del siglo XVI conservadas en Tarazona y que recogen al pie de la letra modelos que la crítica considera creaciones de Scheppers y Moys. Su presencia en la comarca encuentra una explicación razonable en la instalación de Metelín, pues a pesar de que la alta calidad de estas telas desaconseja asignar su autoría a nuestro artífice, es probable que durante sus primeros años en la ciudad del Queiles comerciara con pinturas de otros colegas traídas de Zaragoza.

El último apartado del libro contiene un apéndice documental en el que se transcriben documentos relacionados con la carrera de Metelín procedentes de fuentes notariales conservadas en Tarazona, Zaragoza y Soria.

TÓRTOLES: ORIGEN DEL NÚCLEO URBANO

Javier Navarro Royo

El emplazamiento del actual barrio Tórtoles quedó determinado desde un primer momento por dos accidentes topográficos de diferente naturaleza, pero de igual importancia en cuanto a su interés económico. Por un lado, la situación en una de las terrazas aluviales en la margen izquierda del río Queiles, vega de histórica tradición agrícola. Por otro lado, la acequia de Selcos, que discurre por la zona más alta de este núcleo urbano y que no hace sino acrecentar, incluso en nuestros días, el alto valor de la zona para los usos agrarios.

No se conocen restos arqueológicos dentro o en las inmediaciones de Tórtoles durante la antigüedad; a lo sumo la noticia de algún resto cerámico en los aledaños del núcleo urbano, datados entre los siglos II y IV, descontextualizados y que no pudieron ser contrastados con garantías en su contexto arqueológico.

De época medieval es la mezquita, edificio singular en la comarca «parece construcción del siglo XV, utilizada por la comunidad mudéjar de Tórtoles y aprovechada posteriormente como iglesia de culto católico hasta la construcción, a finales del siglo XVI, de la actual parroquia». El edificio de la iglesia parroquial «fue construido a fina-

les del siglo XVI y concluido probablemente dentro del siglo XVII»(BEGOÑA ARRUE UGARTE *et alii*: *Inventario Artístico de Zaragoza y su Provincia*. Tomo I).

El topónimo Tórtoles deriva del adjetivo latino *tortus -a –um* (torcido) y fue utilizado con cierta frecuencia durante la conquista cristiana de los siglos XI y XII, en la variante *tortolis –e*, para designar las zonas sinuosas de los cursos de agua (la acequia de Selcos forma un profundo meandro en la parte alta del núcleo para salvar el desnivel de la vaguada que forman los barrancos de Pozuel y la Valoria. Algunos otros topónimos cercanos al núcleo como Pontarrón, los Vergeles o los citados Pozuel y Valoria nos conducen a un contexto cronológico similar (información contrastada con D. Javier Martínez Calvo, profesor de latín del Instituto Tubalcaín de Tarazona).

Respecto a las fuentes escritas, el documento más antiguo que hemos podido encontrar está fechado el 8 de noviembre de 1267 y en él se cita la venta de una heredad en Tórtoles al obispo de Tarazona (Archivo de la Corona de Aragón, Cancillería, registros, nº 15, fol. 70; documento consultado en el Centro de Documentación Ibercaja «Palacio Larrinaga» de Zaragoza)

A tenor de lo visto hasta ahora, todo parece indicar que el lugar de Tórtoles no tiene un origen islámico como la mayoría de los núcleos urbanos actuales y despoblados medievales del valle del Queiles, al menos como núcleo urbano, tal y como parecen atestiguar la total ausencia de restos arqueológicos y citas documentales inmediatamente posteriores a la conquista cristiana del valle que tuvo lugar en la primavera de 1119.

Por el contrario si que podemos atestiguar, a partir de la citada compra, de numerosas menciones escritas, desde finales del siglo XIII hasta 1610 (fecha del edicto de expulsión de los moriscos), y que aluden a una población totalmente musulmana bajo la jurisdicción del electo de Tarazona (registros de la cancillería custodiados en el citado Archivo de la Corona de Aragón, el «Libro Chantre» del obispa-

do de Tarazona fechado en 1382, los «Talismanes» aljamiados publicados por Dña. Mª José Cervera o los protocolos notariales publicados por Don Miguel Ángel Motis y, finalmente, los *Quinque Libris* parroquiales).

El resultado del análisis de toda esta documentación, nos lleva a pensar que el origen del núcleo urbano de Tórtoles está íntimamente ligado al abandono obligado de la población musulmana que habitaba dentro del «Cinto» de la ciudad de Tarazona, en los años posteriores a la conquista cristiana que, al menos en parte, pudo reubicarse en el lugar de Tórtoles donde parece que existía una *turris* en la calle que todavía se llama del Castillo y en torno a la cúal se formaría el núcleo original a partir del S. XII; esta teoría parece plausible ya que es totalmente imposible que toda población musulmana que abandonó el Cinto turiasonenese pudiera asentarse extramuros en la nueva morería junto al nacimiento de la acequia de Selcos, zona de extensión notablemente inferior a la primera, o en los ya existentes barrios del oeste, la Almecora, o del este, posterior burgo de San Miguel, cuyo núcleo musulmán fue también repoblado por los cristianos en los primeros años de la conquista.

L A F O T O A

N T I G U A

Este arco fue levantado en la Plaza de la Seo el 15 de octubre de 1927 con motivo de la llegada a la ciudad del nuevo obispo de Tarazona, don Isidro Gomá y Tomás, prelado que gobernó la diócesis hasta abril de 1933, año en que fue trasladado a Toledo.

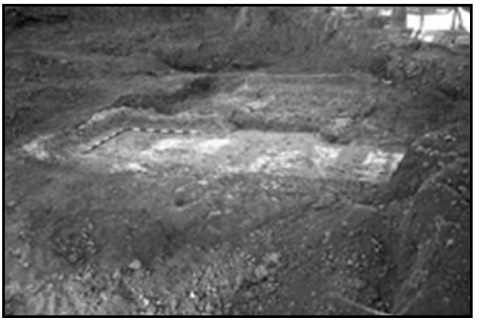
Rafael Lapuente

NUEVOS RESTOS ARQUEOLÓGICOS APARECIDOS EN LA AVENIDA DE LA PAZ, EN TARAZONA.

Sofía Gómez Villahermosa

El solar se encuentra dentro de un terreno ubicado entre la calle de la Estación y la Avenida de la Paz que va a ser objeto de una nueva articulación del espacio, con la renovación de su urbanización a cargo del Ayuntamiento y la construcción de varios edificios de viviendas en propiedad de una promotora privada.

La excavación arqueológica se desarrolló en un espacio de unos 1.300 metros cuadrados donde con anterioridad se localizaba una gran edificación privada de principios del siglo XX rodeada de una extensa zona ajardinada. Estas instalaciones se completaban con una serie de edificaciones anexas pertenecientes a la misma propiedad.



Los trabajos de la excavación arqueológica se desarrollaron tras eliminar los niveles estratigráficos de época contemporánea hasta la aparición de diferentes rellenos y estructuras de época romana. El hecho de que la totalidad del terreno hubiese sido rebajado para el aterrazamiento y nivelación para la realización de esta construcción, había ocasionado que en muchos tramos los elementos contemporáneos alcanzasen cotas de profundidad hasta el terreno natural y que los restos de época romana apareciesen muy arrasados y de forma fragmentaria en la mayor parte de los casos.

RESULTADOS DE LA INTERVENCIÓN

Los primeros elementos romanos que nos encontramos se corresponden con una serie de rellenos de abandono con evidentes signos de destrucción. Todos ellos tienen las mismas características en su composición y se relacionan cronológicamente con un momento de destrucción violenta hacia el siglo III d.C.

Bajo estos niveles van apareciendo restos de estructuras y edificaciones que aunque de manera inconexa, algunas de ellas parecen guardar relación entre sí.

Las evidencias arqueológicas recuperadas dan a conocer la existencia de ocupación durante la época romana en este punto de la margen derecha del río Queiles. Se trata de un espacio que, aunque alejado de lo que parece ser el núcleo de urbanización del *municipium* Turiaso, es de terreno rico por su cercanía al cauce fluvial y fértil para el desarrollo de las actividades agropecuarias.

Las evidencias arqueológicas recuperadas, aunque conservadas de manera muy fragmentaria y en avanzado estado de destrucción, parecen corresponderse con los restos de una *villae* suburbana romana.

Al noreste del solar, se localizan los restos de un muro de cantos en dirección este-oeste con una anchura de 0.50 metros al que se le

adosa en su cara norte una pequeña canalización de desagüe construida con mortero de cal y pequeños cantos de caliza.

Por otro lado, en la zona más al Norte del solar, localizadas al sur de las anteriores, aparece una estructura rectangular, que podría tratarse de los restos de un *impluvium* y varios fragmentos de muro dispuestos perimetralmente alrededor de éste, sin duda relacionados con un patio interior de la vivienda.

Otro tramo con restos de estructuras aunque sin conexión con los demás aparece en la zona central del solar. Se trata de los restos muy arrasados de un empedrado de cantos, lo que parece corresponderse con el preparado o *nucleus* de un pavimento hoy desaparecido.

En la zona sur del solar, justo en el límite de la excavación aparecen otras estructuras correspondientes al mismo momento de destrucción que las anteriores. Los restos aparecen a una profundidad de unos 30 centímetros de la cota de la calle actual por lo que su grado de conservación no es muy bueno. Se trata de una gran estructura rectangular con unas dimensiones totales de 4.70 metros de longitud conservada por 4.90 de anchura máxima dividida, a su vez, en tres estancias internas. Está construida con mortero de cal y cantos encajados en el terreno natural y parece corresponderse con una serie de depósitos para contener líquidos.

Finalmente, hacia la parte sur del solar aparece el elemento más destacado de todos los aparecidos en el solar. Se trata de una gran acequia construida con mortero de cal, pequeños cantos de caliza y grava. Sigue un recorrido con una suave pendiente en dirección este-oeste (desde Carrera Zaragoza hasta Avenida de la Paz) aunque tras

recorridos unos 20 metros en la zona situada al oeste hace un quiebro para desviarse en dirección suroeste. Se conservan en total una longitud de unos 30 metros. En su lado este se pierde bajo la calle actual y por el oeste aparece cortada por una acequia de época contemporánea (acequia de «orbo») que parece llevar casualmente un trazado similar y paralelo a la antigua. Su caja tiene una anchura total de 2.30 metros y se encuentra encajada en el terreno natural. Su construcción debió realizarse mediante el encofrado con ayuda de tablonadas como así lo muestran algunas huellas que aparecen en su interior. Los muros laterales tienen una anchura de unos 0.30 metros y conservan en algunos tramos hasta 1 metro de profundidad. La caja de caudal interno tiene una anchura de 1.70 metros.

En la parte donde la acequia cambia de sentido, aparece en su lado norte un pequeño canalillo cuya base está fabricada con mortero de cal y sus paredes, que se encuentran encajadas en el terreno natural, se construyen con ladrillos cogidos con cal. Sus dimensiones son de 0.30 metros de anchura su base, mientras que las paredes oscilan entre 0.20 y 0.30 metros. Su pendiente viene a verter sus aguas a la acequia y por su trayectoria parece formar parte del canalillo que recogía el agua vertida por el *impluvium* descrito anteriormente.

En cuanto a su cronología, no nos es fácil conocer su etapa de construcción pero sí que podemos saber por el relleno que colmata la acequia y por tanto marca su abandono, que puede estar en uso hasta el siglo III d.C.

La importancia de las evidencias arqueológicas recuperadas viene dado porque dan a conocer, como se ha dicho anteriormente, la ocupación durante la época romana en este punto de la margen derecha del río Queiles. Aunque ya existían noticias acerca de localización de restos por esta zona, estos nuevos hallazgos corfirman la extensión de la ciudad romana hacia este lugar.

Además se suma el gran interés que suscita la localización de una acequia de proporciones considerables que distribuiría el agua en los terrenos más alejados del río. En este sentido cabe destacar la presencia de la «acequia de Orbo» construida en época contemporánea para canalizar el agua de regadío a lo largo de la zona este de Tarazona y que tiene su recorrido curiosamente de manera paralela y de trazado similar al perteneciente a la época romana. Cabe pensar que desde ese momento la canalización del agua haya seguido un trazado similar a lo largo de la historia por esta parte del municipio.

No podemos hablar con seguridad del momento de construcción de la acequia romana. Pero sí que parece claro, la existencia de por lo menos dos fases de ocupación en la construcción suburbana hasta su total abandono durante el siglo III d.C.

A un primer momento, correspondiente con su fase más antigua pertenecen los escasos restos estructurales de varios muros asociados con un fragmento de pavimento . Estos elementos aparecen bajo un nivel de amortización fechado hacia finales del siglo I d.C. y principios del siglo II d.C., momento que parece corresponderse con una reorganización del espacio y con la construcción del resto de las estructuras perteneciente a la *villae*. Este complejo, en el que parece intuirse una zona doméstica con la presencia de un *impluvium* y otra de carácter más industrial, con las balsas descubiertas en la parte sureste del solar, parece estar en uso durante el siglo II d.C. Hacia finales de este siglo o principios del siglo III d.C. se fechan los niveles que cubren todas las estructuras con evidentes signos de haber sido arrasado con un incendio.

Parece ser que toda esta zona queda abandonada hasta el siglo XIX momento en el que la construcción del ferrocarril, cuyo trazado antiguo discurría a escasos metros de este solar, ocasionará la intensa remoción de los terrenos circundantes, así como la construcción del gran edificio de finales de este siglo rodeado de una amplia zona ajardinada que ha ocupado el solar hasta la actualidad.

LA SILLERÍA CORAL DE NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED DE TARAZONA Y OTROS TRABAJOS DE ANTONIO DE RIBAS

Rebeca Carretero Calvo

(presentamos una adaptación del artículo original que puede consultarse de manera íntegra en la revista *Turiaso* nº XVII, páginas 95 a 116. Tarazona.)

Gracias al contrato efectuado en Tarazona el 31 de marzo de 1680 para la realización de la sillería del coro de la iglesia del desaparecido convento de San Lázaro de la Orden de la Merced de la capital aragonesa por Jerónimo José Torrero y Embún, infanzón zaragozano, sobrino del obispo Diego Antonio Francés de Urrutigoiti, con el carpintero turiasonense Antonio de Ribas, en el que se revela que dicho mueble debía lucir la misma decoración que la sillería coral del cenobio mercedario de Tarazona, consideramos que, con toda probabilidad, ésta fue también llevada a cabo por Ribas poco antes de dicha fecha.

La sillería del coro del convento de Nuestra Señora de la Merced de Tarazona se compone de cuarenta y cinco sillas dispuestas en dos órdenes

de asientos. El segundo orden se sitúa en un plano más elevado que el primero, al que se accede por tres escaleras de dos peldaños cada una, una en cada lado mayor y otra en el centro del menor, donde se encuentra la silla presidencial. El primer orden consta de dieciocho sitiales compuestos de asientos con misericordia, apoyamanos, brazales y respaldo que recibe el grueso de la decoración. El segundo orden comprende veintisiete que, de igual modo, cuentan con asiento con misericordia, apoyamanos, brazales, respaldos bajos, también ornamentados, respaldos altos verticales y cornisa. Entre las sillas altas destacan las tres centrales del lado menor, tratadas de manera diferente, que pertenecerían a las personas de mayor categoría dentro del convento como el comendador y el vicario, ya que generalmente cada persona tenía un asiento fijado y no podía ni debía sentarse en ningún otro.

Su ornato prácticamente se reduce al ubicado en los respaldos de los estalos, siendo en casi todos los casos motivos vegetales. Sólo seis respaldos aparecen adornados con formas que podríamos denominar artificiales: cuatro cartelas sobre placas recortadas, dos en cada lado mayor del segundo orden justo enfrente de las escaleras, y dos escudos de la Orden de la Merced en los respaldos de las sillas bajas ubicadas a ambos lados de las escaleras del lado menor que acceden directamente a la silla presidencial.

Los respaldos de las sillas del primer orden y los respaldos bajos del segundo orden exhiben un programa decorativo a base de tallas de motivos vegetales entre los que podemos distinguir flores campaniformes, jarrones que sirven como eje central a un comple-

jo rameado, hojas de roble, de cardo, de vid, de higuera, rosetas, berenjenas y alcachofas. Mientras, la silla presidencial, dorada y policromada en tonos rojizos, sobre la que se encuentra una hornacina de medio punto ahora vacía con querubines en las enjutas, y cubierta por una pequeña cúpula adornada con cráteras y veneras, muestra una decoración a base de cardina, distintas florecillas y racimos de uva junto con hojas de parra en las columnas salomónicas que la rodean. La mayoría de estos vegetales han sido inspirados en los productos de la huerta tudelana y turiasonense, pero alcanzan formas demasiado estilizadas, en las que no se busca tanto una aproximación veraz a las frutas, hortalizas y verduras reales como un juego decorativo muy dinámico que colme y se ajuste al espacio rectangular que conforman los respaldos de los asientos, separados por gallones en el primer orden y por hojas de roble en el segundo. En cambio, los respaldos altos verticales no presentan ningún ornato. Estos se encuentran flanqueados por pilastras acanaladas que soportan una cornisa recta adornada en su parte interior con protírides decoradas con hojas de roble y motivos de tradición serliana.

De esta manera, nos encontramos ante un conjunto artístico a caballo entre el final del primer barroco escultórico y la etapa churrigueresca, fase esta última que en la iglesia del convento mercedario de Tarazona queda perfectamente reflejada en los retablos colaterales dedicados a los dos santos más importantes de la Orden: San Pedro Nolasco, el fundador, en el lado del Evangelio, y San Ramón Nonato, en el de la Epístola, que hemos datado entre 1680 y 1690.

Por último, señalar que tres años después de la contratación del conjunto coral de la Merced de Zaragoza, Antonio de Ribas vuelve a ser requerido para realizar una nueva sillería: esta vez la de la parroquial de Calcena, villa zaragozana perteneciente a la diócesis turiasonense, promovida y costeada por Asensio Pérez Villalba, canónigo de la catedral de Tarazona y, al parecer, calcenense de nacimiento.

UN VIAJE A LAS FORTIFICACIONES MEDIEVALES DE TARAZONA Y EL MONCAYO.

Alejandra Gutiérrez López.
Diputación Provincial de Zaragoza. Zaragoza 2005.

Por José Ángel García Serrano.

El libro que nos ocupa ha sido editado por la Diputación de Zaragoza coincidiendo con la exposición del mismo nombre que se ubicó en el Monasterio de Veruela durante los últimos meses de 2005.

La obra pretende presentar un catálogo de las fortificaciones medievales existentes en la zona aragonesa de la vertiente norte del Moncayo, aunque el estudio en realidad se limita a la Comarca de Tarazona. Es este un primer hecho que llama la atención, dado que se omiten los restos de los castillos correspondientes a la Comarca de Borja y la zona soriana (Vozmediano), lo que dificulta notablemente la comprensión global del período y el esclarecimiento de los problemas que sufrió todo este territorio durante la edad media, como tributo a su carácter fronterizo entre los reinos de Castilla, Aragón y Navarra.

Precisamente la mayor carencia de éste libro reside en la falta de agudeza a la hora de presentar las relaciones exis-

tentes entre las distintas fortificaciones, que se presentan de forma aislada y no como parte integrante del complejo sistema de poderes que caracterizó la época. Éste hecho impide comprender correctamente el papel que jugó la zona, no sólo en lo que concierne a los constantes enfrentamientos militares entre los reinos, sino incluso en referencia a las relaciones socioeconómicas entre los distintos lugares.

Así pues los apartados correspondientes al contexto histórico y al arqueológico son extraordinariamente pobres y no aportan ninguna novedad con respecto a los datos ya conocidos.

En cuanto a la descripción de las fortificaciones, siempre resulta interesante que alguien se ocupe de presentar una recopilación de los datos existentes; si bien echamos en falta, en la mayor parte de los casos, una mayor profundización. Tan sólo los castillos de Grisel y Trasmoz han sido merecedores de un poco mas de detenimiento, aunque en el último caso la información se remonta a los estudios de J.L. Corral que tienen ya más de un cuarto de siglo, omitiendo por lo tanto los resultados de las últimas campañas de excavación.

Llama poderosamente la atención el poco espacio dedicado a la que es, sin duda, la mayor y mejor conservada fortificación de la Comarca: El Monasterio de Veruela.

Por último, ni siquiera podemos aplaudir el mérito de catalogar las fortificaciones ya que no están incluidas todas. Por ejemplo no se menciona el llamado «Poyo de Cesarón» concedido por Jaime I al Abad de Veruela y que posiblemente se ubica en el llamado Cerro del Villar, próximo al Monasterio de Veruela, donde todavía hoy en día queda un aljibe excavado en la roca en perfecto estado, así como los restos de un torreón construido con sillares y una bodega habilitada como vivienda rupestre.

POST SCRIPTUM

Estando este boletín en la imprentra hemos tenido noticia del fallecimiento de D. Jesús-Luis Cunchillos Ilarri, profesor de investigación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Colaborador y amigo del Centro de Estudios Turiasonenses.

Quede constancia aquí de nuestro tributo a su obra, pero sobre todo a su Persona, con la admiración y el agradecimiento que se profesa a los Maestros.

30 de mayo de 2006